

AGOSTO 2014

La crisis ucraniana y el papel de Rusia, Unión Europea y Estados Unidos

*Por Marcelo Montes
Universidad Nacional de Villa María*

En la segunda mitad del 2013, ni el más avezado rusólogo podía haber anticipado la evolución de los graves sucesos que envolverían a Ucrania a partir de fines de noviembre y que todavía hoy, varios meses más tarde, permanecen inciertos. En aquel momento, hegemonizaban los titulares internacionales de los medios: Medio Oriente, a través de la guerra civil en Siria que, paradójicamente, también involucraba a tres de los cuatro grandes actores de la Postguerra Fría (Estados Unidos, Unión Europea y Rusia), que a la postre volverían a terciar en razón de Ucrania y los ajustes económicos –con debates sociales– de la Europa meridional (Italia, España, Grecia y Chipre). Desde las “revoluciones de colores” de 2003-2004 y la crisis de Kosovo o la breve guerra ruso-georgiana en 2008, no habían habido mayores tensiones en torno al espacio postsoviético donde Rusia había recuperado presencia e influencia, tras la debacle generalizada de los noventa. Bastó para que Ucrania, bajo un gobierno teóricamente proruso, como el de Yanukovich, rechazara acordar su asociación comercial con la Unión Europea, que la sociedad civil ucraniana primero y Rusia después, desencadenasen la más grave crisis política y militar desde el fin de la Unión Soviética, después de la disgregación yugoslava.

En este artículo, escrito en medio de la propia evolución de los acontecimientos, se pretende describir la secuencia de los mismos, analizando los antecedentes y las diferencias existentes con procesos históricos similares en la misma zona de referencia; explorar el rol de los diferentes actores estatales y supraestatales ante la crisis suscitada en un Estado-Nación como Ucrania, que intenta existir como tal, recién desde 1992 hasta la actualidad y, finalmente, hipotetizar algunos escenarios, que podrán vislumbrarse en los próximos días o semanas, agravando

CONSEJO ARGENTINO
PARA LAS
RELACIONES
INTERNACIONALES

Uruguay 1037, piso 1°
C1016ACA
Buenos Aires
República Argentina

Tel. +5411 4811 0071
Fax +5411 4815 4742

cari@cari.org.ar
cari.org.ar

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento del CARI.

o moderándose, según los diferentes movimientos de aquellos actores, descartando o no, la posibilidad de una nueva “Guerra Fría”.

Antes que nada, dos importantes aclaraciones habrá que hacer al lector desprevenido. Si bien cuestiones históricas, geopolíticas, económicas, etc., serán tenidas en cuenta para abordar el tema, tanto la dimensión endógena de la crisis, relacionada con la propia política ucraniana y la cuestión de las identidades ínsitas en su propio territorio, así como la variable de las percepciones mutuas entre rusos, europeos y americanos, serán fundamentales a la hora de intentar comprender la crisis¹.

Precisamente, aunque no pueda soslayarse en el problema ucraniano, el prisma teórico realista, con su gravitación especial en torno a intereses geopolíticos de las tres grandes potencias, también y sobre todo, se trata de hacer hincapié, al estilo constructivista, en identidades y percepciones de los actores: de la propia Ucrania hacia su interior, de ella misma hacia Rusia y de ésta hacia la primera; y de Rusia hacia la UE y Estados Unidos y de éstos, bajo el “paraguas” de Occidente, hacia la Federación².

1. Ucrania, Rusia y su historia ambivalente de seducciones y traiciones

Rusia, Ucrania y Bielorrusia fueron fundadores de la Unión Soviética y firmantes del Tratado de la Unión de 1922, junto a la Federación de Transcaucasia; además de poseer armas nucleares, poseían la mayor parte de los recursos de la Unión Soviética: el 80% de su territorio; el 73% de su población; el 79% de su PBI (1990), el 86,5% de su producción industrial, el 74,6% de su producción agrícola, el 92% de su petróleo y el 82% de la producción total de gas y electricidad de la Unión³.

Pero también los mismos tres países fueron los que firmaron el acta de defunción del viejo y decadente Imperio soviético. “La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas deja de existir como sujeto de Derecho Internacional y realidad geopolítica”. En el documento histórico que puso fin a la existencia de la Unión Soviética, así rezaba la única frase inalterada durante la febril redacción que se extendió desde la noche del 7 hasta la madrugada del 8 de diciembre de 1991 en una “dacha” situada en un bosque bielorruso (Bielovezhie), una de las más grandes reservas forestales de Europa. A espaldas del entonces Presidente de la Unión Soviética, Mikhail Gorbachov, el bielorruso Stanislav Shushkévich (máximo líder del

Soviet Supremo de su país), el ucraniano Leonid Kravchuk y el ruso Boris Yeltsin, estamparon sus firmas, para cerrar así, el último capítulo de la Guerra Fría⁴.

A partir de allí, se conformó la Comunidad de Estados Independientes (CEI) con las ex Repúblicas soviéticas, pero cada una tomó vuelo propio, algunas con mayor y otras con menor independencia y hasta hostilidad, respecto de Moscú. La CEI también guardó distancia, pretendiendo sólo tres grandes objetivos en materia de seguridad y defensa: retiro de las tropas rusas; tácito apoyo al control de los gobiernos apoyados por ex tropas soviéticas en las ex repúblicas, ignorando tendencias separatistas e, invitación a la participación externa en la instalación de conflictos en la región postsoviética. En el campo económico se esperaba que los nuevos Estados pudieran gravitar hacia Rusia, pero sobre una base de mercado, ya no más con la lógica del Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON). Así, Rusia progresivamente se desentendía de sus ex satélites, sin tener grandes expectativas a futuro, incluso a sabiendas de la instalación de bases militares norteamericanas en los países de Asia Central.

De allí en más, y sin considerar aquí el largo derrotero histórico común desde la Edad Media

entre ambos países, cabrían distinguirse tres etapas en la relación entre viejas archirrivalidades históricas, Moscú y Kiev.

2. Primera fase (1992-2000)

En julio de 1992, el gobierno ruso de Yeltsin abriría una embajada en Kiev y en agosto de ese año, el propio Presidente, originario de Sverdlovsk, plasmaría una Cumbre junto al Presidente ucraniano Kravchuk donde ambos acordaron compartir durante cuatro años la posesión, el mando y la utilización de la Flota del Mar Negro, mientras no se decidiese, a través de comisiones especiales ad hoc, la parte de la ex Unión Soviética que le correspondía a cada país. Yeltsin no evitó que Ucrania se hiciera cargo de las tropas soviéticas localizadas en su propio territorio, por ejemplo, en Crimea. Ni siquiera mostraba seria preocupación sobre el status de rusos étnicos en los anteriores Estados soviéticos^{5 y 6}. En 1994, con Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia como garantes, se firmó un acuerdo con Ucrania, donde se procedía a destruir y/o transferir su arsenal nuclear a la Federación vecina a cambio de respetar su integridad territorial. Por aquellos años, paradójicamente, Rusia sólo confiaba en

Bielorrusia y un Tratado de unión especial con esta última despertaba muchos recelos iniciales en Ucrania, a quien ya se acusaba de “robar” a los gasoductos rusos y de generar política “antirrusa”, a pesar de que el Presidente Kuchma no era pro-occidental, como sí lo era el propio Yeltsin. Pero en ese momento, Ucrania pensaba que Rusia descuidaba y relegaba un buen instrumento como la CEI, algo que la historia posterior le terminó dando la razón.

Bajo el Canciller Prirnakov, Rusia reactivó vínculos políticos con Ucrania, cuyo nuevo Primer Ministro, Valeriy Pustovoitenko (1997-1999), vio como primera prioridad dicha relación. La cuestión clave era la Flota del Mar Negro, a la cual Rusia supo preservar sin hacer peligrar sus relaciones con Ucrania. Esta, por otra parte, estaba interesada en legalizar las fronteras postsoviéticas Rusia-Ucrania firmando un tratado apropiado y así normalizar políticamente la relación entre los dos países.

Como resultado de los esfuerzos de Primakov, ambas partes firmaron en mayo de 1997, un “Gran Tratado”, que zanjó la cuestión de la Gran Flota y legalizó las fronteras. El Tratado provocó ciertas críticas en ambas partes, pero el apoyo de Primakov fue fundamental para su ratificación en febrero de 1999. Más allá de las críticas domésticas de los sectores más duros, tanto

Primakov como su sucesor Igor Ivanov, vieron la normalización política con Ucrania como un paso hacia el mejoramiento de las relaciones más que una concesión a las aspiraciones ucranianas a unirse a la OTAN. Esta actitud encontró un amplio apoyo popular en casa, con el 70% de los rusos apoyando el Tratado, lo cual revela el buen momento de la relación entre los Estados “hermanos”. Rusia no buscaba neutralizar la posibilidad de que Ucrania virase hacia la OTAN porque tenía la propia expectativa de que su ingreso favorecería el entendimiento con la organización noratlántica; una vez más a lo largo de su historia de siglos, la ingenua Rusia esperaba demasiado, tanto de su país vecino como de Occidente, y la frustración posterior le generaría mayor resentimiento en el largo plazo. A pesar de la retórica integracionista primakovista, la propia Ucrania también recelaba de Rusia y, por ello, contribuyó a crear el Grupo GUAM (con Georgia, Azerbaiyán y Moldavia) –luego, en 1999, GUUAM, por la inclusión de Uzbekistán⁷.

3. La segunda fase (2000-2013)

Ya bajo la era Putin (2000-2008), la

ambivalencia ucraniana con Rusia, volvió a hacerse elocuente en 2004, cuando debió definirse la continuidad del régimen Kravchuk-Kuchma. Al igual que la gran mayoría de los países detrás de la ex “Cortina de Hierro”, Ucrania mostraba un régimen político con fachada democrática, pero nada liberal, con cooptación de los medios de comunicación, clientelismo empresario, más corrupción y desigualdad social.

En dicha ocasión, protestas civiles y presiones internacionales bajo el “paraguas” de la “Revolución Naranja”, urgieron por una nueva ronda de comicios imparciales y libres al candidato oficialista del Kremlin ruso, Yanukovich, y ya en enero de 2005, catapultaron a la dupla Yuschenko-Timoshenko al poder, bajo un régimen político semipresidencialista. Facciosidad, corrupción, populismo, la sobreactuación de Yulia Timoshenko (“la princesa del gas”, apodada así a posteriori, por un escandaloso contrato energético con Rusia) y otros factores, favorecieron el fin de dicha coalición liberal-demócrata, y con ella la culminación de las ilusiones “prooccidentalistas”. Un lustro más tarde, insólitamente, con el apoyo de su viejo archirrival Yuschenko, volvió al poder Yanukovich, quien selló un alquiler duradero de

la base de Sebastópol para la Flota Rusa del Mar Negro; reformó la Constitución para convertir a Ucrania en presidencialista, y tras su categórico triunfo electoral bajo la nueva institucionalidad dos años más tarde, envió a prisión a la líder opositora Timoshenko, con cargos de corrupción.

4. La tercera fase (desde 2013 hasta la actualidad)

Cuando en noviembre del año pasado, Yanukovich, en la soledad del poder y con un contexto económico bastante adverso, decidió no adherir a la posibilidad de ingreso a la UE, en Vilna (capital de Lituania) estallaron manifestaciones civiles, inicialmente, de menor tenor a las de 2004 y esta vez, con un carácter claramente socioeconómico, ya que fueron estudiantes, empleados y jubilados quienes las protagonizaron.

Duras normativas antiprotestas y la posterior represión fueron la palpable demostración de un gobierno debilitado, conduciendo a mayores y más violentas manifestaciones, aunque sin un liderazgo claro. Cuando el ex Presidente acordó con Rusia la aceptación de un préstamo multimillonario y gas a precio subsidiado, todo el clima confrontativo

empeoró. No sólo el ex campeón mundial de boxeo Vitali Klitschko, recientemente dedicado a la actividad política, al frente del moderado partido UDAR, sino otros grupos de cuño ideológico nacionalistas extremistas, como “Patria”, “Priviy Sektor” (Sector de Derechas) y “Swoboda” (Libertad), se vieron motivados a actuar, incluso en términos cuasi paramilitaristas, esta vez, bajo la expresión “Euromaidan”, en referencia a la Plaza de la Independencia de Kiev.

La caída final de Yanukovich el 22 de febrero y su posterior huida a Rusia, más allá de su legalidad o legitimidad, fue el corolario de una serie de eventos precipitados y no deseados. Durante la madrugada anterior, el “Euromaidan” había sellado un pacto, con Rusia y la UE en carácter de garantes, en el que se estipulaba la renuncia de Yanukovich, la conformación de un “gobierno de salvación nacional”, incluyendo al oficialista Partido de las Regiones y el llamado a elecciones libres en mayo. La presión de la plaza, incluyendo la de los líderes de extrema derecha como Dmitri Yarosh, que instó allí a mantener posiciones paramilitares, expresando que no había garantías suficientes para cumplir con lo pactado, más las amenazas de muerte al propio Yanukovich, terminaron por expulsarlo del poder y acelerar todo el proceso hasta la

conformación de un gobierno interino, tecnocrático, más afín a la liberada Timoshenko, en donde el nuevo Presidente fue Turchinov y el Primer Ministro, Yatseniuk.

A partir de allí, dicho gobierno tecnocrático cometió todo tipo de dislates. Se obstinó en ratificar la asociación comercial con la UE a rajatabla, a sabiendas que la economía ucraniana, ante la vulnerabilidad de sus cuentas fiscales y las carencias de inversiones en infraestructura, debía obtener un financiamiento adicional y urgente de más de 15.000 millones de euros. En la esfera de las políticas públicas, se empeñó en eliminar al idioma ruso como segunda lengua obligatoria en las escuelas, lo cual llevó a las inevitables crisis en las regiones donde predominaban los rusos étnicos (Península de Crimea) y los rusoparlantes (este y sur de Ucrania). Al nombrarles a oligarcas impopulares como nuevos gobernadores, tampoco allí dio señales claras y concretas de compensar a estas regiones, de fuertes e históricos vínculos con Rusia, por su provisión de equipamiento militar y balístico-nuclear, minería y petroquímica, que se verían gravemente afectados por la inserción ucraniana en la economía europea. Desde el punto de vista institucional, las nuevas autoridades de Kiev,

además de restituir el régimen político semipresidencialista de la Constitución derogada por Yanukovich, crearon una Comisión para estudiar una nueva reforma constitucional, aunque siempre se negaron a federalizar al país, formalmente unitario.

De todos modos, las voces opositoras al nuevo gobierno no tardaron en hacerse esperar, arguyendo que desde Kiev no se garantizaba ni la paz social ni la estabilidad normativa que un Estado debía asegurar a sus ciudadanos. Ya en marzo, Crimea sería la primera zona del país, que se levantaría pacíficamente contra el poder central de Kiev. Tras la decisión del Parlamento local, desconociendo la autoridad central, unas semanas antes, el domingo 16 de marzo, una abrumadora mayoría en las urnas votaría a favor de la independencia de la Península respecto a Ucrania. Rusos étnicos, ucranianos y hasta algunos tártaros, habitantes originarios de la zona, legitimaron con su voto la decisión separatista. Kiev recibió la noticia con estupor, pero también con resignación, porque ni siquiera amenazó con sofocar militarmente la decisión popular.

Rápido de reflejos, Putin aceptó el mandato de la Duma en torno a recoger en el seno de la “Madre Rusia” a la Crimea que se había alejado de ella en 1954 y entonces ésta se convirtió en un

nuevo enclave ruso, alejada del territorio federal, al igual que el Oblast (región) de Kaliningrado. Los soldados y marinos ucranianos se retiraron de la zona sin violencia alguna, los 20.000 efectivos militares rusos allí acantonados, confirmaron sus posiciones y a partir de allí Crimea volvió a formar parte formalmente de Rusia⁸.

En cambio, en el sudeste, la región más rica y donde vive el 10% de la población del país, la situación fue mucho peor de lo pensado. Las ciudades de Donetsk (con un millón y medio de habitantes), Lugansk, Slaviansk y Kramatorsk rechazaron al unísono las medidas de Kiev, también votaron en contra de la capital –aunque de manera menos transparente y participativa que Crimea– y pronto se llenaron de milicianos prorrusos que se armaron con el mismo arsenal del cual se proveyó históricamente la Unión Soviética.

El gobierno de Yatseniuk de inmediato los consideró “terroristas” y envió unidades especiales del Ejército, a las que se sumaron voluntarios nacionalistas del Euromaidan, a sofocar la rebelión. Semana tras semana, los hechos violentos, en forma de encuentros armados, se fueron agudizando. Hechos de enorme gravedad como el incendio de un edificio público de Odessa, con cerca de 60

prorrusos quemados vivos en su interior; la emigración de 750.000 ucranianos hacia Rusia; el derribo de aviones y helicópteros en zona de guerra así como el reciente atentado contra un avión de la aerolínea malasia con cerca de 300 personas a bordo, en su mayoría holandeses, fueron consecuencias colaterales de un conflicto civil que no ha cesado hasta el día de hoy.

En dicho contexto, con un cuarto del país bajo un estado de guerra civil, Ucrania desarrolló elecciones presidenciales –aunque no se convocó a parlamentarias–, el domingo 25 de mayo, en donde triunfó cómodamente el magnate de la industria alimenticia (chocolates Rozhen), Petró Poroschenko, en primera vuelta, superando de manera holgada a Yulia Timoshenko y las demás fuerzas, entre otras, las del ex Presidente Yanukovich y los propios protagonistas del Euromaidan, los líderes del Sector de Derechas, convertidos prontamente en una “reliquia de museo”. El discurso inaugural del propio Poroschenko, unas semanas más tarde, no fue demasiado esperanzador. Ratificó las grandes líneas del gobierno anterior emergido del Euromaidan: reforma de la Constitución pero manteniendo un Estado unitario, asociación con la UE y sofocamiento a sangre y fuego de los rebeldes del este y del sur, aunque dando algunas concesiones federalistas.

5. La naturaleza endógena de la crisis: factores políticos e identitarios

Cabe subrayar que la naturaleza de estas protestas fue muy diferente de las de hace una década. Aquellas poseían visos de cierta legalidad, tenían su origen en el reclamo contra elecciones fraudulentas, guardaban la manifiesta intención de promover el triunfo de Yuschenko a través de su coalición política centrista y no ocultaban su preferencia prooccidentalista. El Euromaidan, en cambio, presentó visos de violencia cuasi anárquica, preocupante; nunca estuvo clara la intencionalidad de grupos tan heterogéneos a quienes los unió el desalojar a Yanukovich, pero no ungió a nadie en especial y, finalmente, tampoco mostró tener un sesgo proeuropeísta, ya que entre los manifestantes, habían grupos tradicionalistas radicalizados, en cualquier caso, anti-Bruselas.

Ciertamente, fue la dinámica política interna la que, de manera decisiva, influyó en el comportamiento de los actores. Entre 1992 y 2004, Ucrania se movía en el marco de un régimen político semipresidencialista pero oligárquico y corrupto, lejos de los modelos transicionales poliárquicos checo y polaco. La

evolución política ucraniana, populista, cianica y con cierto grado de polarización entre una mitad social proeuropea y otra mitad prorrusa, es un simple reflejo de la geografía económica y étnica del país, atravesado por tales clivajes. Incluso en términos industriales, el sudeste ucraniano, de auge en la era comunista y de decadencia “protegida” en la postcomunista, es un reservorio de statu quo que retroalimenta al sistema político. Allí, la industria militar (misilística y de aviación), petroquímica y cuencas mineras, sobrevivieron gracias a la dependencia rusa.

En términos objetivos, habiendo allí más de la mitad de habitantes ruso-étnicos, desde los años noventa hasta marzo pasado habían fracasado políticamente los movimientos separatistas en la región. Pero esta vez, la ya apuntada extrema radicalización del Euromaidan, en términos nacionalistas ucranianos antirrusos, más el aliento político-militar desde Rusia, que pudo ver así plasmada su revancha por la disgregación de la ex hermana eslava, Yugoslavia, favorecida por la OTAN, condujo a una vertiginosa e irreversible dinámica separatista, aún hoy irresuelta⁹.

6. Los actores externos

Coincido con algunos expertos sobre la crisis ucraniana en que ella detonó movimientos no planificados en los actores externos, es decir, “por error de cálculo”: en términos contrafactuales, si Yanukovich continuase en el poder como en febrero de este año, Crimea seguiría siendo ucraniana, Putin no hubiera movido sus piezas de ajedrez como las movió y el país no estaría al borde de la disgregación.

Rusia ha sido siempre un Imperio, excepto en los últimos 20 años, en los que lucha por ser un Estado multinacional y, en parte, lo ha logrado pacíficamente, excepto en Chechenia, mientras que Ucrania ha sido siempre conquistada o dominada por extranjeros, excepto también en las últimas dos décadas, donde paradójicamente, lucha por ser también un Estado-Nación. Es lógico que Rusia la considere parte de su historia común y vea justificado su derecho a intervenir sutilmente en sus asuntos domésticos, pretendiendo tal vez, no una Ucrania prorrusa, pero al menos, una independiente, tanto de la OTAN como de la UE, al estilo de la neutral Finlandia y, hasta confederal, como Bélgica. A lo largo de estas dos décadas, Rusia siempre ejerció gravitación, ya sea, negociando la continuidad de la Flota del Mar Negro, el

control del armamento nuclear, la moneda común, etc. Además, tanto en 2004 como en 2006 y 2009, Moscú ejerció una insoportable presión sobre el suministro y precio del gas a Kiev.

De todos modos, la conducta de Putin está lejos de ser interpretada como neoimperialista, como exageradamente, es juzgada por “halcones” de Washington o Estados vecinos rivales como Polonia, República Checa y los Bálticos, tan apegados a la protección de la OTAN. Rusia busca fundamentalmente, como “Gran Potencia”, ser escuchada y respetada en el concierto internacional, sobre todo, en su vieja esfera de influencia.

Desde el 2000 ha aumentado su presupuesto de Defensa, fortalecido su capacidad y tecnología militar, sobre todo, luego de la breve guerra con Georgia, que expuso algunas debilidades estructurales; creado fuerzas de elite profesionales y reconstruido su poderío naval, con nuevas bases estratégicamente distribuidas, pero esta Rusia de Putin, aún hoy con servicio militar obligatorio, no es la Unión Soviética de Stalin, dispuesta a enormes sacrificios de la población para sostener grandezas sustentadas en ideologías o coerción. Puede hacer frente y aplastar a la Ucrania del Euromaidan pero es infinitamente inferior a la OTAN y vulnerable en

términos económicos.

De todos modos, en el terreno de las percepciones, debe advertirse que ciertos sectores de pensamiento cercanos al putinismo interpretan diferente lo que aún no se entiende en Occidente: a) la Guerra Fría no fue perdida por la Unión Soviética, sino que constituyó un empate técnico, donde el viejo Imperio soviético implotó; b) Rusia toleró, soportó y hasta apoyó pacíficamente la expansión de la OTAN; e) ésta debió desaparecer al igual que el Pacto de Varsovia, por lo que es percibida una traición de Occidente a aquel “pacto de caballeros” que fue el final de la Guerra Fría; d) la caída de Yanukovich no fue sino un “golpe de Estado” perpetrado por los sectores de extrema derecha ucraniana antirrusa, fomentado por los servicios de inteligencia y “tanques de ideas” occidentales, para acosar y hostigar a Rusia y, e) ésta no pretende otra finalidad que poner un límite a tal expansionismo occidental, sin necesariamente, retomar roles imperialistas o revisionistas del orden internacional.

En el caso de la Unión Europea y Estados Unidos, sus intereses pueden ser convergentes, en torno a respaldar una Ucrania más autónoma de Moscú, pero al mismo tiempo,

las diferencias de énfasis y roles, son notorias. Mientras para la primera, la variable económico-comercial y en segundo lugar, la de los valores democráticos, pueden llegar a ser prioritarias en la relación con Kiev, en cambio, para Washington, sólo la seguridad, en términos de la OTAN, en el espacio postsoviético, merecería algún tipo de involucramiento, aunque con cautela, porque la posición de Ucrania, en una esfera tan cercana a Moscú, no amerita decisiones audaces y de incierto costo. Para Washington las mayores preocupaciones estratégicas están en Medio Oriente o en el Asia-Pacífico; de alguna manera en Europa, pero en mucho menor medida en Ucrania. Pero claro, la evolución de los acontecimientos lleva a una escalada impredecible, donde debe tenerse en cuenta que la OTAN, al estar presente con bases propias en los Estados Bálticos, se halla a pocos kilómetros de la ciudad natal de Putin, la legendaria San Petersburgo.

También resulta claro, tras una década de la “Revolución Naranja”, que la UE podría haber contribuido eficazmente al fortalecimiento institucional democrático de Ucrania y lamentablemente no lo hizo, comprobándose hoy las consecuencias internas de tal déficit cooperativo.

Pero una vez más, es cierto que Ucrania también

ha jugado su propia carta y ha intentado manipular tanto a Moscú como a Bruselas. Alternativamente, los gobiernos ucranianos negociaron precios, transporte y suministro efectivo del gas a Europa, en condiciones cuanto menos opacas; usaron demagógicamente la adhesión a la OTAN y a la UE –en este caso, mera “vecindad”–, dado su carácter de apenas status simbólico y no de solución real a los problemas domésticos. También ilusionaron a Moscú con la incorporación a su bloque comercial regional con países euroasiáticos más Georgia y Bielorrusia: la elite ucraniana, en su intimidad, observa que dichos “socios” han sido sobrevalorados en comparación con Kiev. En síntesis, Ucrania jugó “a dos puntas” pero no se ve compensado suficientemente por ninguno de los dos bandos externos que, por otra parte, también son interdependientes, dados sus negocios energéticos conjuntos, demanda de turismo, flujos financieros, etc. Resultaba claro ya en marzo pasado, que una escalada de la crisis ucraniana afectaría enormemente tanto a Rusia como a Alemania, Gran Bretaña, Holanda, España y otros países europeos, como lo ha hecho en los últimos meses.

7. La evolución de los últimos acontecimientos

El 7 de junio pasado, en ocasión de celebrar los 70 años del desembarco aliado en Normandía, el famoso “Día D”, por invitación del Presidente francés Francois Hollande, acudió el Presidente ruso, viéndose la cara no sólo con los principales mandatarios europeos y el Presidente norteamericano Obama, sino también con el flamante “hombre fuerte” de Ucrania, con quien intercambiaron algunas palabras. Semanas antes, Rusia había sufrido, por influencia decisiva de Estados Unidos, una primera batería de sanciones económicas contra altos directivos del gobierno ruso y empresas rusas de presencia mundial, a propósito de la anexión de Crimea. El 17 de abril, en virtud de los acuerdos de Ginebra entre el gobierno interino ucraniano, su similar ruso, la UE y Estados Unidos, los dos primeros actores estatales, se habían comprometido a evitar el conflicto del sudeste, pero al poco tiempo se violó la tregua. Sin embargo, producto de aquel precario acuerdo, Ucrania también debió haber sido castigada, pero sólo lo fue Rusia, víctima de un segundo paquete de sanciones¹⁰.

Claramente, Rusia pagaba el precio de su reputación como potencia “autoritaria” y

“naturalmente expansionista”, un prejuicio muy arraigado entre los Estados europeos, sobre todo, aquellos que particularmente lucharon contra el totalitarismo soviético, incluso sin dudar de ponerse al lado de los nazis, en semejante lucha, como los Bálticos. Polonia y República Checa tuvieron sus propias experiencias anticomunistas por lo que, Rusia, como heredera –aunque no única– de la Unión Soviética, también sufría de parte de ellos ese estereotipo. Precisamente, estos países eran los que más presionaban tanto a la UE como a Estados Unidos, en aras de aplicar sanciones duras contra Rusia. Alemania quedaba así, como el único Estado de envergadura que intentaba mediar entre ucranianos y rusos, evitando que en tal conflicto Obama tenga la última palabra, como había ocurrido con Clinton más de una década antes en la ex Yugoslavia.

Insólitamente, Moscú fue recogiendo adhesiones y apoyos simbólicos de la extrema derecha europea, opuesta a la “burocratía” de Bruselas y triunfante a través del “Front Nationale” francés, el National Party inglés, el Vlaams Blok belga y otros partidos filonazis, en las elecciones del Parlamento europeo, celebradas el mismo 25 de mayo. Si Rusia se siente “acorralada” con las tropas de la OTAN

estacionadas a apenas 200 km de San Petersburgo, esto no hace más que desatar presiones nacionalistas y militaristas en torno a Putin, que éste ha tratado de evitar siempre a lo largo de más de una década.

Lo cierto es que Putin no ha intervenido de manera directa en el conflicto ucraniano del este y del sur; ha ordenado el repliegue de sus tropas acantonadas (50.000 hombres) en estado de alerta un mes en la frontera con el vecino país; ha retirado su apoyo formal a los rebeldes separatistas, en tanto que sí ha acogido a las familias que han huido de la zona, además de preocuparse por abastecer de alimentos, las zonas y ciudades afectadas en el sudeste, lo cual conlleva a una crisis humanitaria de enormes proporciones.

Las consecuencias económicas de semejante conflicto están a la vista. Se estima que se han perdido unos 52.000 millones de dólares, por la crisis, fundamentalmente esas pérdidas se reparten entre Rusia y Ucrania. La primera ha visto fugar como consecuencia de las tres olas de sanciones económicas, unos 75.000 millones de dólares en capitales, lo cual, ha llevado a Moscú a tomar medidas proteccionistas y de represalia, que la perjudican más aún pero también a sus vecinos europeos. De inmediato, en la primera gran reacción oficial de Moscú

ante las sanciones, Putin decidió responder a las mismas con el cierre a productos importados de países que han votado aquellas medidas punitivas. Polonia busca ahora que Berlín la compense con 500 millones de euros que pierde por no poder exportar sus preciadas manzanas, pollos y demás alimentos que ya no mostrarán los supermercados rusos, al igual que Grecia y España, que deberán exportar esos excedentes a Estados Unidos o, volcarlos a sus mercados internos. Ahora, asimismo, Rusia deberá abastecerse con productos de Oriente o del propio BRICS, incluso beneficiando potencialmente a países como Argentina, gran productor de alimentos. En materia energética, aunque simbólicamente, Rusia acaba de acordar con China un megaconvenio de suministro de petróleo y gas, que incluye inversiones por 400.000 millones de dólares en 20 años, lo que rompería con la dependencia europea. En los últimos días, Rusia envió un largo convoy de camiones Kamaz con ayuda humanitaria para abastecer a las ciudades prorrusas, mientras no ha cortado los vínculos diplomáticos con Kiev y con Berlín. Los líderes prorrusos se ven cercados por el ejército ucraniano y van desertando de sus posiciones de liderazgo. Las negociaciones

diplomáticas, esta vez entre Kiev, Moscú y Bruselas, han iniciado una segunda ronda, tras los primeros acercamientos a principios de julio, en la Villa Borsing (Alemania), donde el Estado anfitrión, Francia, Ucrania y Rusia, negocian un alto del fuego definitivo, una regulación de las fronteras que controle su permeabilidad, el desarme honroso de los separatistas prorrusos y la ayuda humanitaria al sudeste ucraniano. Todo parece vislumbrar que estamos frente a la fase final de un largo, desgastante e innecesario conflicto.

8. ¿Nueva Guerra Fría o tensiones in crescendo sin rumbo definido?

Claramente, aun esperando la evolución de los acontecimientos semana a semana o día a día, resulta claro que algunas opciones de situaciones (indeseadas) para los actores, eran absolutamente posibles desde el inicio de la contienda y otras no.

Queda de antemano descartado el escenario de una guerra hipotética directa entre Rusia y Ucrania, al estilo de la de Georgia en agosto de 2008, dado que aquí faltaría el componente agresor del gobierno de Poroschenko que le diera a Putin el pretexto perfecto, como en aquel momento lo tuvo Medvedev de parte de

Sakhashvili. Además, tan pronto como se produjeron los movimientos de tropas fronterizas y, las tensiones al máximo, típicas de un escenario parecido, el rápido despliegue de las tropas de la OTAN cercandando las fronteras rusas, disuadió a Putin de cualquier paso en falso. Es decir, si bien Rusia es claramente superior a Ucrania, en términos militares, bélicos y tecnológicos, la presencia de la OTAN previno a Putin de cualquier posibilidad de contrataque contra suelo ucraniano. Por supuesto, las posibilidades de tensiones al máximo, existieron y aún existen, dada la cercanía de la frontera: hechos imprevisibles por errores de cálculo o la razón que sea, como la caída del avión malasio, algunas balaceras aisladas, etc., lo cual convierte a esta zona en nueva “frontera caliente” del mundo. Aun así, los movimientos de refugiados no cesan y eso desvirtúa también la posibilidad de guerra directa.

Una segunda posibilidad, la más concreta, si no se plasma una tregua duradera es, por el contrario, el estado de “guerra inconclusa”, en este caso civil o interna ucraniana, al estilo de las numerosas que hoy existen en el mundo desde hace tiempo. Esto implica la imposibilidad de que Kiev logre imponer el

orden en las dos ciudades del sudeste, tanto Donesk como Lugansk, que le restan por vencer, sofocando las rebeliones de los separatistas prorrusos y esto se dilate algunas semanas más. La deserción gradual y baja moral de los soldados ucranianos, la rapidez en el despliegue de la llamada Milicia Popular del Donbass, el robo de armas poderosas por parte de éstos pueden tornarse en factores explicativos a la hora de evaluar por qué Poroschenko no logró controlar hasta ahora, la situación en el 10% de su territorio¹¹.

De todos modos, si las opciones militares o diplomáticas avizoran alguna salida, la política sigue adeudando su respuesta. Aun cuando se produzca la capitulación prorrusa, existe un real riesgo para la propia Ucrania de que se perpetúe la fractura identitaria de una sociedad cada vez más polarizada en torno a dos conceptos excluyentes de la nación. La única salida político-institucional para una verdadera resolución del conflicto es construir una identidad cívica basada en la igualdad de derechos y el reparto del poder, donde todas las sensibilidades (incluso las de aquellos ucranianos pacíficos que se sienten prorrusos), puedan tener cabida¹².

Respecto a si este escenario configura el perfil o la fisonomía de una Nueva Guerra Fría, también

rechazo esta hipótesis. Rusia no pretende erigirse en un líder de un hipotético bloque contrahegemónico, ni tampoco intenta restaurar su vocación imperialista sin medir costos aunque, desde la óptica de las percepciones, sí haya muchos sectores, sobre todo, “lobbies” antirrusos de larga data en Estados Unidos, preocupados por construir esa imagen de la Rusia de Putin, llegando al extremo absurdo, por cierto, de comparar a Putin con Hitler¹³.

También es cierto que más allá de esos intereses especiales, desde el final de la Guerra Fría, hay un desinterés mayor por parte de la academia norteamericana en estudiar seriamente el caso ruso, y esto se traduce en una lamentable falta de cantidad y especialización suficiente, tanto de profesionales que dominen el idioma e investiguen en profundidad la evolución de la democracia y la política exterior del Kremlin, asesorando acertadamente a la elite política de Washington¹⁴.

Por un factor u otro, Estados Unidos, a pesar de tener mayores razones objetivas para coincidir e incluso cooperar con Rusia, que disentir y confrontar, acerca de la posibilidad de construir un mundo más pacífico, se aleja ociosamente de dicho camino y tal vez, sea

ésta, la peor consecuencia a largo plazo, de la crisis ucraniana, para el propio orden mundial.

Para los propios rusos, Rusia está lejos de ser una amenaza para Europa o el mundo entero.

Por el contrario, fue el país que en estas dos décadas, debió soportar la guerra en los Balcanes; dos rondas enteras de expansión de la OTAN; el retiro de Estados Unidos del Tratado ABM; la presencia militar norteamericana en Asia Central; la invasión de Irak; la ocupación de Afganistán y el despliegue de barreras antimisiles en Europa del Este. Es Rusia la que debiera sentirse traicionada por Occidente, porque la promesa formulada por Bush (padre) a Gorbachov acerca de la desaparición de la OTAN no se produjo; la integración total a las instituciones occidentales, prometida a Yeltsin, tampoco se efectivizó y, finalmente, la alianza o coalición contra el terrorismo que prometió Bush (hijo), al poco tiempo, se desdibujó a raíz del papel norteamericano, detrás de la propia “Revolución Naranja” ucraniana¹⁵.

Por lo tanto, uno de los dos viejos actores estatales en pugna, ya no Imperio, queda fuera de la escena. Tampoco a Putin le conviene siquiera involucrar a su país en una irracional jugada de confrontación con la OTAN. Rusia es militar y tecnológicamente inferior a la organización noratlántica y también es muy

interdependiente económica y comercialmente con Occidente, tanto la UE como la propia Estados Unidos, incluyendo el Pentágono y la NASA.

Una competencia militar o nuclear del estilo de los setentas u ochentas, es absurda.

Ni siquiera la Rusia postmoderna actual posee atractivo ideológico alguno: se sabe que es una potencia emergente, muy rica en recursos naturales, pero de ningún modo un país desarrollado; tiene una sociedad de clase media pareja y en ascenso, pero que carece de servicios modernos, con una infraestructura que todavía, en muchos aspectos, es propia del Tercer Mundo. Lo mismo cabe afirmar de su sector industrial, muy poco moderno y competitivo, con un marcado desprecio por el cuidado del medio ambiente.

El mismo Putin desea que Rusia imitase a Alemania, pero sabe muy bien que si embarca a su país en las viejas aventuras militares imperialistas, estará una vez más, relegando el frente interno y con él, la posibilidad de mejorar la calidad de vida de sus más de 140 millones de habitantes, entre ellos, las generaciones jóvenes e intermedias, que valoran hoy a Stalin pero no quieren pagar los costos monstruosos en términos humanos y económicos que pagaron sus bisabuelos,

abuelos y padres. Simbólicamente, una puja contra Estados Unidos es bien recibida por la población y por los sectores que apoyan a Putin, permitiéndole un marcado ascenso en su popularidad personal, pero sólo en esos términos.

Excepto el desfile de una hora de los 9 de mayo (la celebración del final de la II Guerra Mundial, o eufemísticamente en Rusia, “Día de la Victoria en la Gran Guerra Patriótica”) donde los viejos generales y ex veteranos de la Unión Soviética son condecorados orgullosos por el propio Putin, más algunas reivindicaciones de los sectores civilizacionistas, liderados entre otros, por el intelectual Aleksandr Dugin, nada queda de la nostalgia imperialista de los zares y los soviéticos y Rusia es un país sustancialmente diferente de la vieja Unión Soviética.

Hoy, el daño para Rusia es económico y ésta es la máxima preocupación para Putin. Este inflama los corazones rusos, devolviendo las sanciones a los europeos pero se defiende de ellas, apelando a mercados como el chino, los restantes países del BRICS, América Latina y África. No hace más que consolidar su perfil multivectorial de la política exterior, tal vez hoy más identificada con su matiz cercana al ex Canciller de Yeltsin, Primakov, de sesgo más cerradamente nacionalista y antioccidentalista, que antes.

La opinión pública rusa ha ido mostrando menor preocupación respecto a las sanciones aplicadas por Occidente. Según el Centro Levada, la principal encuestadora rusa, en marzo pasado, el 56% de los rusos estaban genuinamente preocupados con el posible aislamiento internacional ruso; en abril, ya había bajado al 42% y en julio, cayó al 38%. En términos de autopercepciones, Rusia hoy se siente revigorizada, a diferencia de los tiempos de Yeltsin, en la que se mostraba humillada y marginada del escenario internacional, pero ello no significa ningún tipo de restauración imperialista.

Pero hasta allí, hasta tal límite, actuará el líder del Kremlin. Con su habitual frialdad, tratará de no mover el “músculo” militar hasta último momento porque es consciente de que no le conviene: intentará ser frío ante las provocaciones ucranianas y americanas. Tremendamente cegado por la ira con Ucrania, tratará de presionarla a su modo, siempre que sus movimientos no generen una cuarta o quinta gama de sanciones occidentales. Capeará el hostigamiento y buscará nuevos aliados.

La fase de la relación con Estados Unidos, ya deteriorada desde 2012, por la Lista Magnitsky, el affaire Snowden o el papel de

Rusia en la crisis siria, pasa y pasará por el peor momento en la historia post 1991 y Putin apenas puede aguardar que mejoren con el nuevo gobierno de Washington. Este buscará que haya un cambio de régimen en Moscú, aunque difícilmente lo logre, dada la elevada popularidad de Putin y, considerando que ya ha perdido políticamente una pieza clave en la jugada, su propio embajador en Moscú, Michael McFaul, un experto de la academia en cuestiones rusas, quien duró apenas un bienio en su puesto. Cabe insistir que éste sea el impacto más dañino que ha deparado Ucrania entre los efectos indeseados del Euromaidan: ha alejado innecesaria e inútilmente, aunque cabe esperar, no definitivamente, a dos grandes jugadores del tablero mundial.

Aun así, la tensión puede continuar pero el escenario de Guerra Fría no puede repetirse. Ya no existe conflicto ideológico alguno ni tampoco competencia nuclear ni espacial. Sí existe y seguirá habiendo exceso de acciones simbólicas, diversificación de políticas, nuevas alianzas, guerras inconclusas, rivalidades identitarias, celos de liderazgos, todos los cuales configuran el perfil de la nueva época. Conflicto heredado de la Guerra Fría, pero ya sin su sello, Ucrania no ha escapado a la lógica de esta era postmoderna.

Referencias:

- (1) Jervis, Robert, 1976, *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton University Press, Princeton
- (2) Sin embargo, corresponde distinguir entre “identidades” y “percepciones”. Mientras estas últimas lo son respecto a algo o alguien, no siendo atributos estructurales para comenzar a observar un problema dado, sino que coexisten con un problema de política internacional en un mismo tiempo y lugar, las segundas son predisposiciones de acción y cognición, previas a dichos problemas (Merke, Federico, 2007, “Identidad y política exterior en la Teoría de las Relaciones Internacionales”, IDICSO, USAL, Buenos Aires).
- (3) Blanc Altemir, Antonio, 2004, *La herencia soviética, La Comunidad de Estados Independientes y los problemas sucesorios*, Tecnos, Madrid, p. 27
- (4) Bonet, Pilar, 2001, sábado 8 de diciembre, “La cacería que acabó con el Estado soviético”, en *Diario El País*, Madrid, España
- (5) En enero de 1994, en ocasión de la visita del Presidente Clinton a Moscú, el Presidente de Ucrania, Leonid Kravchuk, también viajó a la capital rusa con el objetivo de firmar un acuerdo trilateral para el desmantelamiento de 176 misiles estratégicos con un total de 1.600 cabezas nucleares. Estados Unidos compraba uranio procedente del desmantelamiento de las armas nucleares ex soviéticas y lo utilizaría para producir energía, según un contrato que se firmó con el Ministerio de Energía Atómica de Rusia. Ucrania debía ser compensada por el uranio de las cabezas nucleares desmanteladas procedentes de su territorio. Rusia habría conseguido que Kravchuk se aviniera a firmar un acuerdo de desmantelamiento de misiles a base de promesas en lo que se refiere a la deuda en concepto de combustible con Rusia.
- (6) Tsygankov, Andrei P., 2006, *Russia's Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity*. Lanham, Rowman and Littlefield Publishers, New York, p. 78
- (7) Blanc Altemir, Antonio, 2004, *La herencia soviética, La Comunidad de Estados Independientes y los problemas*

sucesorios, Tecnos, Madrid, p. 77

- (8) Durante siglos, sobre todo en los tiempos antiguos, Crimea fue escenario de intensas pujas por su dominación por parte del Gran Ducado de Lituania, la Confederación polaca-lituana, el khanato tártaro y Moscovia. Durante la modernidad, los Imperios Turco-Otomano, los Habsburgo y los Romanov, se disputaron su control. Finalmente, conquistada por los ejércitos rusos de Catalina La Grande a los turcos en el tramo final del siglo XVIII, estuvo bajo dominio imperial ruso en los últimos dos siglos, aunque ni la historiografía zarista ni la bolchevique jamás presentaron a Crimea, como una unidad nacional homogénea. La obsesión por el acceso a los mares cálidos; la Guerra de Crimea en el siglo XIX y el mito de Sebastópol fueron marcando, uno tras otro, hitos en la historia rusa que se repiten por generaciones. Para un pueblo tan sensible a su territorio como el ruso, Crimea ejerce siempre un especial magnetismo, sobre todo, para los sectores civilizacionistas, que conciben una Rusia diferente y moralmente superior a Occidente.
- (9) En su discurso de “bienvenida” a Crimea, ante la Duma, en marzo de este año, Putin

recalcó a modo de “venganza histórica”, la independencia de Kosovo y el doble estándar de Occidente ante el caso crimeo. Básicamente, Moscú responsabiliza a Washington y Bruselas de la partición yugoslava, haciendo prevalecer el principio de autodeterminación por encima de la integridad territorial, aspecto que ahora en el caso de Ucrania, defienden a rajatabla, porque esta vez, en la vereda opuesta, se halla la “autoritaria” y “expansionista” Rusia (Yakovlev, Petr (2009), El problema de Kosovo y las relaciones Unión Europea-Rusia, en Virgili, María Teresa, ed. (2009), La Unión Europea y la Federación Rusa: continuidad y cambios, Universitat de Barcelona).

- (10) Esta es la cronología de las sanciones aplicadas por Occidente a Rusia: 5 de marzo: Canadá anuncia la suspensión de su participación en la Comisión Económica Intergubernamental Canadá-Rusia, establecida para promover las relaciones entre los dos países. 6 de marzo: Estados Unidos aplica restricciones de visas a numerosos

funcionarios responsables de la violación de la soberanía e integridad ucranianas.

- La UE suspende negociaciones para liberalizar visados y garantiza a Kiev ayudas económicas y un acuerdo político.

17 de marzo: El Presidente de Estados Unidos, Barack Obama ordena sanciones contra siete altos funcionarios del Gobierno ruso, en respuesta al referéndum de adhesión a Rusia celebrado en Crimea.

- Canadá impone medidas contra los principales asesores de Putin, Serguéi Glaziev y Vladislav Surkov.

- La UE acuerda sancionar a 21 rusos y ucranianos considerados responsables de la inestabilidad en la zona.

19 de marzo: Alemania paraliza provisionalmente la venta de un centro de entrenamiento de combate al Ejército ruso por parte del consorcio de armamento Rheinmetall, valorado en 120 millones de euros.

20 de marzo: Estados Unidos emite una nueva lista con una veintena de altos cargos y empresarios rusos vinculados a Putin.

21 de marzo: La UE amplía a 33 el número de sancionados rusos y ucranianos por amenazar la soberanía de

Ucrania.

4 de abril: La multinacional McDonalds anuncia el cierre temporal de sus tres restaurantes en Crimea.

14 de abril: Los Ministros de Exteriores de la UE aprueban ampliar la lista de sancionados.

28 de abril: Ante la injerencia rusa en la crisis de Ucrania, Estados Unidos impone otra tanda de sanciones “selectivas” contra 17 empresas y 7 altos funcionarios cercanos a Putin, además de restricciones a ciertas exportaciones.

12 de mayo: Nuevas sanciones de la UE a 13 rusos y prorrusos, así como a dos empresas. La lista se eleva a 61 sancionados y comprende la congelación de bienes y la prohibición de viajes a la Unión Europea.

21 de mayo: Australia amplía sus sanciones a Rusia y aumenta de 12 a 50 la lista de personas o entidades.

20 de junio: Washington sanciona a siete líderes prorrusos con la congelación de bienes y la prohibición de transacciones con Estados Unidos. Se trata de Denis Pushilin y Vyacheslav Ponomaryov, Andriy Purgin (jefe de la autoproclamada “República de

Donetsk”), Valeri Bolotov (jefe de la denominada “República de Lugansk”), Serguei Menyailo (“gobernador” de Sebastópol), el jefe militar Igor Strelkov y Valery Kaurov (presidente de la “federación” de zonas rebeldes “Novorossiia”).

27 de junio: la ONU aprueba, por 23 votos a favor y 19 abstenciones, una resolución de condena a grupos armados ilegales en el este ucraniano.

28 de junio: La Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) aprueba un proyecto de resolución que condena a Moscú por violar la soberanía ucraniana tras la anexión rusa de Crimea.

13 de julio: Estados Unidos y Reino Unido acusan a Rusia de incumplir las acciones acordadas para aliviar la crisis en Ucrania y reafirman su intención de imponer mayores sanciones.

16 de julio: Washington anuncia un nuevo paquete de medidas económicas contra empresas estatales de defensa, bancos y compañías energéticas rusas. Figuran los Bancos Gazprombank y Vnesheconombank y las firmas energéticas Rosneft y OAO Novatek.

29 de julio: Obama informa de otro paquete de sanciones contra Rusia por su continuo respaldo a las actividades de los rebeldes prorrusos.

31 de julio: La UE aprueba nuevas restricciones económicas contra Rusia por su papel desestabilizador en Ucrania.

- (11) El apoyo indirecto que otorgara Rusia a los milicianos prorrusos, sobre todo antes del derribo del avión *m a l a s i o*, podría también estar impidiendo la rápida derrota de los mismos, para forzar soluciones negociadas, obligando a Kiev a aceptar la opinión rusa sobre el futuro de Ucrania. En caso de una derrota prorrusa en Donetsk y Lugansk, Putin puede tener aún “la carta” en su mano, de esgrimir la excusa del “baño de sangre” en el sudeste, lo que supondría la alternativa de una “intervención humanitaria”, aunque no directa, porque enseguida, las “luces amarillas” de la OTAN, se detonarían. Véase al respecto, Morales Hernández, Javier, Ruiz Ramas, Rubén, “Cuatro claves sobre la tragedia del vuelo MH17 en Ucrania”, en *El Diario.es*, Agenda Pública, Madrid, España, 19 de julio de 2014

- (12) Morales Hernández, Javier, “Ucrania: soluciones urgentes para un conflicto complejo”, en Diario El País, Alternativas, Madrid, España, 18 de julio de 2014
- (13) Tsygankov, Andrei P. (2009), *Russophobia, Anti-Russian lobby and American Foreign Policy*, Palgrave Mac Millan, Nueva York
- (14) Schrad, Mark, *Endangered species*, in Center E-news, for everything Russian, East European and Eurasian at Illinois, April 2014
- (15) Tsygankov, Andrei P., 2009, *Russophobia, Anti-Russian lobby and American Foreign Policy*, Palgrave Mac Millan, Nueva York

Marcelo Montes / Profesor de Política Internacional y Teorías de las Relaciones Internacionales en la Licenciatura en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Villa María. Licenciado en Ciencia Política (Universidad Nacional de Rosario), Magíster en Relaciones Internacionales (Universidad Nacional de Córdoba) y Doctorando en Relaciones Internacionales (Universidad Nacional de Rosario). Integra la Red Eurasianet.es junto a profesores europeos que realizan estudios sobre Rusia y Europa del Este.

Para citar este artículo:

Montes, Marcelo (2014), “La crisis ucraniana y el papel de Rusia, Unión Europea y Estados Unidos” [disponible en línea desde agosto 2014], Serie de Artículos y Testimonios, N° 94. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at94.pdf>